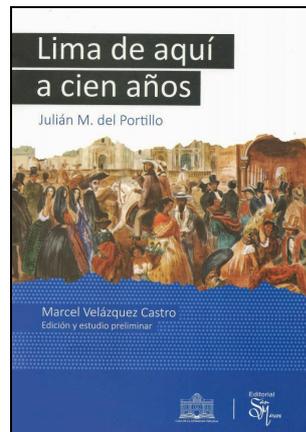


Recuperando la primera gran ciencia ficción en español: La utopía tecnológica y el costumbrismo romántico de anticipación en *Lima de aquí a cien años* y *Mañana o la chispa eléctrica de 1899*

Mariano Martín Rodríguez

Gracias a las investigaciones de arqueología literaria acometidas tanto en el medio académico como en el de los aficionados a la ciencia ficción, se han producido en los últimos años varios (re)descubrimientos que han contribuido a dibujar un panorama más fiel de aquella modalidad ficcional, con sus orígenes e historia en distintos idiomas y contextos nacionales. Pese a la común ignorancia promovida demasiado a menudo por las instituciones culturales oficiales, la producción literaria moderna no se ha limitado nunca, ni siquiera en el siglo XIX, a la literatura de estética *realista*. Gracias a reediciones y estudios, sale a la luz poco a poco el hecho de que hasta los mayores escritores españoles del Realismo, como Leopoldo Alas “Clarín” o Emilia Pardo Bazán, cultivaron la ficción especulativa racional e, incluso, la literatura de anticipación. Al mismo tiempo, se va descubriendo que autores menos conocidos, como Enrique Gaspar o José Zahonero, hicieron contribuciones originales a escala mundial al acervo de temas y motivos de lo que luego se llamaría la ciencia ficción; por ejemplo, la primera máquina del tiempo o el primer hombre menguante. Asimismo, la indagación de sus orígenes ha revelado que la ciencia ficción en español no solo no fue un fenómeno derivado e importado tardíamente, sino que apareció de forma prácticamente sincrónica con su

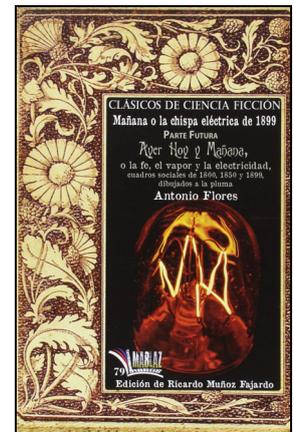


Lima de aquí a cien años

Julián M. del Portillo
Edición y estudio preliminar de Marcel Velázquez Castro

Lima: San Marcos, 2014.

159 p.



Mañana o la chispa eléctrica de 1899

Antonio Flores
Prólogo de Ricardo Muñoz Fajardo

Madrid: Mablaz, 2015.

292 p.



Recuperando la gran ciencia ficción en español: La utopía tecnológica y el costumbrismo romántico de anticipación en *Lima de aquí a cien años* y *Mañana o la chispa eléctrica de 1899*

aparición en los grandes centros literarios del Occidente decimonónico, Londres y París. Y, además, lo hizo con obras que, desde muy pronto, revisten un interés que no se limita a lo anecdótico de su antigüedad.

Al ser la literatura de anticipación un nuevo territorio de la ficción, sin apenas precedentes de consideración antes del siglo XIX, los primeros autores hispánicos no se arredraron ante la experimentación en formas y asuntos. Su visión del futuro tampoco se dejó limitar por las convenciones de todo tipo que escritores posteriores tendrían en cuenta más adelante, a la hora de ofrecer ficciones prospectivas a unos lectores ya familiarizados con sus temas y motivos. Naturalmente, aquellos pioneros tampoco escribieron en el vacío. Su fantasía revela el acicate de ejemplos anteriores, sobre todo franceses, sin olvidar el estímulo imaginativo que suponía ver cómo la Revolución Industrial y la tecnología estaban cambiando el mundo y cómo ambas se estaban propagando, con mayor o menor rapidez, a España y a sus antiguas colonias occidentales, aunque en estas fuera más como ideal que como realidad; de ahí también las diferencias de enfoque en la anticipación temprana peninsular y en la hispanoamericana. La Revolución Industrial y la aceleración consecuente del progreso, entendido como cambio continuo, entrañaba una modificación de las costumbres que no siempre se vio con buenos ojos en España. El futuro industrial y, por lo tanto, moderno estaba preñado de promesas pero también de amenazas, sobre todo para un orden moral y social de siglos que algunos no dejaban de añorar. Estas posiciones diversas se pueden distinguir con facilidad en dos obras hispanas escritas en el marco de la cosmovisión romántica y cuya reciente reedición aporta datos muy útiles sobre los inicios de la ficción prospectiva en lengua española, así como sobre su variedad y su valor.

La primera es la de una novela epistolar publicada por entregas en 1843 en el diario limeño *El Comercio* y titulada *Lima de aquí a cien años*. Según su editor científico, el profesor Marcel Velázquez de Castro, se trataría de «la primera no-

vela peruana» (p. 13). Aunque no lo afirma expresamente, la relación que añade de anticipaciones ficcionales hispanoamericanas en el siglo XIX indica que se trata asimismo de la primera publicada en Latinoamérica, ya que otra similar, el diálogo «México en el año 1970», de un autor que firma con el seudónimo de «Fósforo Cerillos» (tal vez Sebastián Camacho Zulueta), apareció el año siguiente. Al interés de *Lima de aquí a cien años* como primicia se añade su complejidad estructural y lo atractivo de su visión original del futuro del Perú. En este epistolario ficcional, se supone que la primera carta la envía desde Lima en 1943 uno de dos amigos consternados por el espectáculo ciertamente poco edificante que ofrecía esa ciudad, azotada por continuas revoluciones que distraían las energías nacionales. Dios, apiadado de ellos, los habría enviado, respectivamente, a Lima y

Al ser la literatura de anticipación un nuevo territorio de la ficción, sin apenas precedentes de consideración antes del siglo XIX, los primeros autores hispánicos no se arredraron ante la experimentación en formas y asuntos.



Recuperando la gran ciencia ficción en español: La utopía tecnológica y el costumbrismo romántico de anticipación en *Lima de aquí a cien años* y *Mañana o la chispa eléctrica de 1899*

Cuzco un siglo después. Artur, el resucitado en la capital de la República, observa una urbe pacífica y cosmopolita, entregada al comercio internacional a través de un puerto que, mediante canales, ha unido el Callao y el centro de la metrópoli limeña. Esta se ha modernizado siguiendo sobre todo el modelo de París en la época de escritura del libro: la Lima futura responde a «una experiencia ordenada, educada y racional que satisface el deseo de ser más parisinos que París» (p. 26). La segunda carta continúa la descripción de las mejoras urbanísticas, ofrece alguna información geopolítica (Inglaterra ha entrado en un declive definitivo) e introduce un personaje típico de las utopías: el guía que adopta al viajero y le enseña y explica las novedades del espacio prospectivo, cuyas ventajas frente al actual son expresas. Al mismo tiempo, se introduce la intriga sentimental que también abunda en la ficción utópica decimonónica (recuérdense las novelas utópicas de William Morris o Edward Bellamy), seguramente con la intención de conferir mayor interés narrativo a la obra. Por desgracia, la carta tercera hace tanto hincapié en los amores, románticamente trágicos, entre Artur y la hija de su guía que el elemento utópico y anticipatorio desaparece casi por completo. Nos encontramos ahí ante una ficción sentimental con todos los defectos de sensiblería e inflación retórica que favorecía el gusto de la época. Incluso el estilo narrativo y descriptivo común en las cartas deja paso a una escritura novelesca muy convencional, con abundantes diálogos inflados y melodramáticos. Así se pierde lo que hacía más original e interesante el libro: la descripción de la ciudad y la sociedad futuras, ambas realizaciones de los ideales modernizantes de la burguesía, en este caso de la criolla peruana.

Cabe preguntarse si tal deriva, que aleja la obra de la modalidad ficcional que había creado en su lengua, pudo deberse a la crítica ficcional que las cartas suscitaron casi de inmediato. Tras aparecer la primera carta el 30 de junio de 1843, se publicó el 4 de julio, en el mismo periódico *El Comercio*, la supuesta respuesta del amigo corresponsal de Ar-

tur, el transferido a Cuzco. La firmaba Carlos de A. y se dirigía al compañero J. M. de P., esto es, Julián M. del Portillo, el autor de las cartas capitalinas de la serie *Lima de aquí a cien años*. No se ha averiguado a qué escritor real correspondía ese nombre de Carlos de A., el destinatario de las cartas de Artur (aunque firmadas por J. M. de P. en el folletín). El editor de esta edición, siguiendo las conclusiones de otros investigadores peruanos que cita, cree que no podía ser Portillo, debido a diferencias de estilo y, sobre todo, de planteamiento entre ambas series epistolares, a lo que se suma que el ignoto corresponsal desde Cuzco se burla de las incongruencias en el relato de J. M. de P., de sus saltos temporales, de las alusiones a hechos futuros que luego quedan sin explicar, etc. La libertad de prensa y los debates incluso crueles y personales que favorecía entonces hacen verosímil esta posibilidad, aunque tampoco hay que olvidar otra: Julián M. del Portillo bien pudo ser el autor de todas las cartas, incluidas las cuzqueñas, aplicándose a sí mismo cierta ironía romántica. Por lo demás, el género epistolar reclama la variedad de voces y de perspectivas, por lo que no es descartable que un mismo escritor hubiera querido introducir así una visión alternativa del futuro y, al mismo tiempo, matizar satíricamente la admiración utópica de Artur hacia la modernidad anticipada, con su hincapié en lo económico, así como su romántica extremosidad sentimental, de la que Carlos de A. se burla con mucha gracia en su segunda carta.

De las respuestas se desprenden dos modelos de futuro contrapuestos. Es cierto que ambos son capitalistas, tal como correspondía a la única doctrina económica modernizadora entonces común. Cuzco es una ciudad tan próspera como Lima y ha abrazado también la tecnología moderna, que es en la urbe serrana incluso más futurista. En cambio, mientras que Lima es claramente occidental, incluso en cuanto a la estética (neoclásica) de su urbanismo, es hispanoparlante y su régimen es liberal, Cuzco tiene una apariencia oriental, egipcia (hay una pirámide gigantesca que corona, irónica-



Recuperando la gran ciencia ficción en español: La utopía tecnológica y el costumbrismo romántico de anticipación en *Lima de aquí a cien años* y *Mañana o la chispa eléctrica de 1899*

mente, una estatua de J. M. de P.) y china, la lengua es el quechua y, sobre todo, el régimen es muy distinto, ya que se ha restaurado el incanato. La reproducción de un decreto de Portanqui Inca da idea de la justicia expeditiva de este régimen, pues los abusos probados cometidos por los profesionales de la judicatura son castigados a la *oriental*, con mutilaciones, despellejamientos, etc. Carlos de A., parece aplaudir estos procedimientos tan radicales y que tanto contrastaban con las supuestas injusticias del sistema procesal del Perú constitucional y republicano de 1843.

La alternancia de las cartas de Lima y de Cuzco muestra dos vías de modernización opuestas dentro del capitalismo, una liberal y otra autoritaria, ambas con resultados futuros fructíferos.

La alternancia de las cartas de Lima y de Cuzco muestra dos vías de modernización opuestas dentro del capitalismo, una liberal y otra autoritaria, ambas con resultados futuros fructíferos. Sea uno, sean dos los autores de *Lima de aquí a cien años*, la contraposición entre ambas ciudades anticipadas introduce un potente elemento unificador en el conjunto. La larga carta amorosa final contribuye a «una cierta desarticulación de toda la estructura

narrativa» (p. 31), pero el libro presenta un carácter dialéctico en su parte de anticipación que evita la monología de la utopía. Si damos crédito a las teorías de Mijail Bajtin, es esa dialéctica la que confiere carácter novelesco más decidido a una obra cuya «desarticulación» no solo es más aceptable por la propia libertad y flexibilidad temáticas del epistolario, sino también por la tendencia a la atomización de otro género, el costumbrista, al que también se puede ligar *Lima de aquí a cien años*. Una nota del autor que precede a la primera carta informa de su propósito de «pintar» un «cuadro», lo que «forma parte del lenguaje del discurso costumbrista» (p. 16), según señala acertadamente el editor. Quizá el error de Portillo fue no haber presentado de forma consecuente su anticipación de conformidad con la técnica descriptiva de usos y lugares que había consagrado el «cuadro de costumbres» como género, sobre todo en el mundo hispánico. En vez de ofrecernos visiones del futuro detalladas, la novelización sentimental rebaja en *Lima de aquí a cien años* tanto la riqueza de particulares, que habría permitido hacerse una mejor idea de ese futuro, como la reflexión sobre el curso histórico de las sociedades estimulada por la imaginación del posible porvenir. Pese al interés de la oposición entre occidentalismo y orientalismo, y entre liberalismo y autoritarismo monárquico puesto al día, *Lima de aquí a cien años* no aprovecha plenamente su potencial como ficción de anticipación. Esto no obsta al reconocimiento de su sofisticación y originalidad. Su reedición pone por fin a la disposición de investigadores y lectores curiosos un primer hito en la ciencia ficción hispánica moderna. No cabe sino aplaudir a Marcel Velázquez de Castro por haberse encargado de su reedición, además de haber garantizado la calidad excepcional del libro como objeto textual. Las erratas son mínimas y, aunque tal vez la decisión de publicar aparte las cartas de Cuzco impida apreciar mejor el diálogo entre concepciones distintas del futuro peruano, la de incluir todos los «paratextos y metatextos» relacionados con *Lima de aquí a cien años*, incluidos algunos polémicos, completa el



Recuperando la gran ciencia ficción en español: La utopía tecnológica y el costumbrismo romántico de anticipación en *Lima de aquí a cien años* y *Mañana o la chispa eléctrica de 1899*

panorama de su recepción, así como de las circunstancias de su escritura, como un testimonio vivo de la vida literaria y periodística de la época. Además, el «Estudio preliminar» solo puede calificarse de modelo de buen hacer académico, con amplias y exactas explicaciones tanto contextuales como propiamente literarias dotadas de todo el rigor, no reñido con la amenidad, que es menester en este tipo de trabajos.

El único defecto de esta reedición es circunstancial: debido a las limitaciones en la distribución y a la baja tirada, que son lacras comunes en las editoriales universitarias en el mundo hispánico, es difícil conseguir y consultar el libro, cuya lectura debo a la gentileza del propio profesor Velázquez Castro. Por fortuna, pueden leerse en línea las cartas de anticipación de *Lima de aquí a cien años*, si bien las que corren por Internet adolecen de los defectos demasiado habituales en la retextualización digital de las obras, en vez de reproducirlas de forma facsimilar. La digitalización no exime de releer los textos así digitalizados para eliminar las inevitables erratas que se producen al cambiar de formato. La relectura podría aprovecharse también para proceder a una modernización ortográfica que acercara las obras a sus lectores potenciales actuales. Si ya es tarea hercúlea convencerlos del interés y el placer de leer esta ciencia ficción pionera, la labor no es facilitada en absoluto por unos textos plagados de erratas y errores, además de no estar acompañados casi nunca de buenos estudios que faciliten su adecuada comprensión, a diferencia del libro peruano comentado. Por eso resulta tan decepcionante que la reedición en libro de la primera gran anticipación extensa de la literatura hispana peninsular, *Mañana o la chispa eléctrica de 1899*, lo haya sido en condiciones deplorables. No importa que la distribución sea muy limitada, al haberlo publicado una editorial más de autoedición que otra cosa, pues hay editoriales pequeñas que cuidan mejor sus libros que las grandes. Mucho más grave es que nadie parezca haberse molestado en corregir las pruebas con atención. El texto está tan plagado de erratas que resulta prácticamente ile-

gible a falta de una buena voluntad heroica. Se trata de una edición prácticamente en bruto de un original escaneado y luego transcrito sin control ulterior, ni siquiera para poner al día la ortografía. En cuanto al prologo añadido por Ricardo Muñoz Fajardo, que sería el único argumento para preferir esta edición a las que se encuentran en repositorios de textos antiguos en Internet, es de una brevedad frustrante. Se echa de menos un mayor desarrollo de las ideas apenas esbozadas.

El prologuista señala que la obra es la última de tres series de cuadros de costumbres centrados en Madrid escritas por Antonio Flores y tituladas en conjunto *Ayer, hoy y mañana o la fe, el vapor y la electricidad*. Como su nombre indica, la primera se dedica a las costumbres del pasado y, concretamente, de 1800; la segunda repasa las del presente, en torno a 1850, y la tercera, *Mañana o la chispa eléctrica en 1899*, que se editó completa en 1863, se ambienta en ese mismo año, por lo que hay que considerarla literatura de anticipación, algo a primera vista extraño en un género como el cuadro de costumbres, supuestamente tan pegado a la observación de lo real. En efecto, en el cuadro de costumbres «se describen tipos populares y actitudes, comportamientos, valores y hábitos comunes a una profesión, región o clase social por medio de la descripción, en ocasiones con un breve pretexto narrativo, de los ambientes, costumbres, vestidos, fiestas y tipos representativos de una sociedad cualquiera» (p. 7). Esta caracterización correcta del género por parte de Muñoz Fajardo explica que se lo haya considerado a menudo una de las principales matrices de la ficción realista en la España decimonónica. Como ya se sabe que, según las añejas ideas de don Ramón Menéndez Pidal, el realismo es la característica distintiva y *nacional* de la literatura española, se explica que haya ocupado un lugar honroso en el canon literario del país. Es cierto que el cuadro de costumbres, como género discursivo autónomo, ha tenido tradicionalmente un gran cultivo en lengua española, desde Mariano José de Larra hasta Francisco Umbral, y que tales nombres sugieren que su calidad literaria le ha hecho



Recuperando la gran ciencia ficción en español: La utopía tecnológica y el costumbrismo romántico de anticipación en *Lima de aquí a cien años* y *Mañana o la chispa eléctrica de 1899*

merecer esa canonización. Sin embargo, esta se ha hecho a costa de pasar por alto que el discurso descriptivo del cuadro de costumbres suele ser realista en cuanto a su estética, pero que esto no es incompatible con la creación de un mundo ficcional puramente imaginario y de carácter especulativo. Si bien el cuadro había de dar la impresión de realidad observada, esta última podía ser fruto de una extrapolación de las tendencias contemporáneas, cuyo resultado en el futuro se anticipa en la descripción costumbrista.

En España y en lengua castellana, el cuadro de costumbres de anticipación se traslada en ocasiones al porvenir más o menos cercano para mostrar el cariz que tendrá una ciudad cualquiera tras la adopción de determinadas reformas urbanísticas modernizadoras. Así ocurre, por ejemplo, en «Madrid en 1850 o aventuras de don Lucio Lanzas» (*Teatro social del siglo XIX*, 1846), de Modesto Lafuente; en «Paseo imaginario por el futuro Madrid» (*El futuro Madrid*, 1868), de Ángel Fernández de los Ríos, y en *Zamora del porvenir* (1879), de Eduardo Julián Pérez. En otros casos, la anticipación es satírica y se dirige a demostrar la inanidad ridícula del progreso y de la ciencia mal entendidos, como en «Madrid en el siglo XXI» (1847), de Antonio Neira de Mosquera; «Madrid en el año de 2851» (1851), de José Rúa Figueroa, y «La Puerta del Sol en el año tres mil», último cuadro del *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol* (1874), de Manuel Ossorio y Bernard. Entre todos ellos, el libro de Flores destaca por su mayor alcance, ya que el número de cuadros de anticipación es lo suficientemente amplio como para permitirle imaginar de forma muy detallada el Madrid del futuro y los usos de sus habitantes. Para explicar la extraordinaria visión, Flores recurre a un procedimiento creído científico por muchos en aquel período, el espiritismo, aunque dejando claro que no cree a pie juntillas en él. Lo más interesante quizá de esa explicación, que figura con bastante detalle en el prólogo, es que desvela el mecanismo de la ficción de anticipación, entonces nuevo para la mayoría de los lectores, de forma que subraya el

carácter realista de la observación anticipada, que es «cosa de presente» para la voz narradora/autorial: «ahora no soy otra cosa que un fluido invisible [...] que me he ingerido en la mano derecha, del que aparece autor de este libro, para dar con la pluma un paseo por España en 1899, enseñando al lector, como cosa de presente, la sociedad que para él está por venir y que yo la veo como si fuera cosa de presente» (pp. 19-20).

En España y en lengua
castellana, el cuadro de
costumbres de anticipación se
traslada en ocasiones al
porvenir más o menos
cercano para mostrar el cariz
que tendrá una ciudad
cualquiera tras la adopción de
determinadas reformas
urbanísticas modernizadoras.

Ese porvenir ya no es una mera extrapolación tímida de las cosas de la época en que se haya escrito el texto. Flores se atreve a presentar cambios profundos, muchos de ellos facilitados por avances tecnológicos considerables. A diferencia de lo afirmado por Muñoz Fajardo, no se trata de una «visión del futuro [...] poco repleta de futurismos tecnológicos» (p. 8), sino de todo lo contrario. Su número es enorme en el libro y, lo que es más importante para considerarlo un ejemplo temprano, pero ya prácticamente ortodoxo, de ciencia ficción, es que la tecnología ha afectado de forma esencial



Recuperando la gran ciencia ficción en español: La utopía tecnológica y el costumbrismo romántico de anticipación en *Lima de aquí a cien años* y *Mañana o la chispa eléctrica de 1899*

a las costumbres. La rapidez y la eficiencia facilitadas por la tecnología han facilitado llevar hasta sus últimas consecuencias el modo de producción de riqueza del capitalismo y la aplicación práctica casi inmediata de los valores que este entraña, centrados en la ganancia de dinero. Esto no era nada nuevo a mediados del siglo XIX, pero la exacerbación de esos valores y de las prácticas sociales conexas en 1899 guarda una relación estrecha con la mutación de las condiciones materiales gracias a la tecnología. Antonio Flores nos lo muestra a través de las escenas que se suceden al hilo de una historia privada que confiere al libro un carácter híbrido, entre el propósito predominantemente descriptivo del cuadro de costumbres y la narración novelesca en torno a la interacción entre unos personajes y su medio.

Su modelo confesado a este respecto es *Le Monde tel qu'il sera en l'an 3000* [*El mundo tal y como será en el año 3000*] (1846), de Émile Souvestre. En este viaje imaginario al futuro, una pareja del presente decimonónico resucita en el año tres mil. Cada capítulo versa sobre un fenómeno o costumbre de un porvenir también altamente tecnológico y radicalmente capitalista, que la pareja presencia con prevención creciente debido a la desaparición clara de valores aún supervivientes en su época de origen, tales como la fe religiosa, el amor romántico y la familia. El contraste sugiere que ese futuro, que el autor presenta de forma humorística y no pocas veces caricaturesca, es negativo. Flores lo seguirá por esa vía, pero avanzará hacia la distopía al enfrentar en la parte novelesca al individuo protagonista a una sociedad en la que no encaja, porque su conciencia le impide ajustarse a ella. No obstante, el libro solo innova de forma limitada en este sentido, sobre todo si lo comparamos con la primera distopía integral ambientada asimismo en un futuro de alta tecnología y capitalismo exclusivo, *Paris au XX^e siècle* [*París en el siglo XX*], que Jules Verne escribió en 1863 y que tuvo que guardar en un cajón por ser demasiado rompedora, ideológica y formalmente. El protagonista de *Mañana* es un abogado recién licenciado cuya caballe-

rosidad y estilo a la antigua le reportan el ridículo, como le ocurre al ver publicada en la prensa, como si fuera un documento medieval extraordinario, una carta mediante la cual había requerido de amores a una joven. La incompreensión que suscitan sus románticos arranques se puede comparar a la tragedia del joven escritor que acaba muriendo de frío e inanición en aquella novela de Verne, pero la riqueza del anacrónico visitante llegado a Madrid desde su pueblo extremeño en el libro de Flores le libra de sufrir percances definitivos y, de hecho, dada la supremacía de lo crematístico en el porvenir, le abre muchas puertas, lo que a su vez le permite observar y describir las costumbres de la capital española en 1899. Gracias a su nutrida y generosa cartera, hasta es elegido diputado, tal como pretendía, pues su viaje a la corte no tenía otro fin. Así nos enteramos del régimen político del porvenir, que es una modificación en sentido corporativo del liberalismo decimonónico: los electores, que representan gremios e intereses, son unos diez por escaño y el proceso electoral es, por lo tanto, tan ágil como es de esperar en una urbe en la que todo se mueve con extraordinaria rapidez, empezando por los transportes y acabando por las bodas. Estas se conciertan atendiendo exclusivamente al interés material, de forma científica y positiva, y se celebran sin más ceremonias, como hace ver el autor al transportar a su extremeño a Dinamarca en unas pocas horas para asistir al casamiento de una amiga con un lapón, boda frustrada porque este último ha encontrado poco antes un mejor partido. Nótese a este propósito la falta de prejuicios raciales. Puesto que el dinero y los negocios son lo que cuentan, por encima del origen étnico, la sociedad capitalista del futuro descrita parece haber superado las barreras nacionales. Ya existe una mundialización de intercambios y valores humanos, que son de orden sobre todo material. De esta manera, Flores observa las tendencias de su época y anuncia la situación actual, en la que también capitalismo y cosmopolitismo van de la mano, en torno a una red de ciudades-mundo, mientras que la periferia rural y provinciana pre-



Recuperando la gran ciencia ficción en español: La utopía tecnológica y el costumbrismo romántico de anticipación en *Lima de aquí a cien años* y *Mañana o la chispa eléctrica de 1899*

serva los modos antiguos, hecho que explica que el protagonista esté tan poco preparado para vivir en la modernidad de 1899 y el conflicto consiguiente entre su mentalidad y la de los urbanitas del porvenir.

Pese a su alta categoría social, garantizada por su solidez financiera, y las ventajas de comodidad y velocidad aportadas por la tecnología, el conflicto entre lo viejo y lo nuevo se resuelve en *Mañana* en favor del ayer. La joven amada a la que había enviado la carta ridiculizada es una escritora industrial que sucumbe luego a primera vista a los encantos del mozo, nada más conocerlo, y este amor le hace abrazar sin reservas la concepción tradicional de la femineidad, frente a la emancipación laboral y mental de la mujer en el Madrid de 1899. Gracias a ello, obtiene el consentimiento de esa relación por parte de la futura suegra, que se ha mudado a Madrid con la servidumbre para no estar ya tan lejos del hijo. Esto da pie a situaciones cómicas debido a los equívocos a que da lugar la incomprensión por la buena señora de las nuevas costumbres en la capital, costumbres que la escandalizan y que no está dispuesta ni siquiera a intentar comprender, como sí había hecho su retoño diputado. Una vez aceptado el compromiso, la novia no tiene reparo en abandonar su mundo para marchar con el marido y la suegra y convertirse en una buena mujer de su casa en la rica heredad familiar, donde sus vidas transcurrirán a la manera sosegada y patriarcal de antaño. Esto es en el libro de Flores un final feliz, aunque el conservadurismo de la señora hacendada es tan extremo y tan cerrado a hábitos que no sean los suyos de siempre que cabe aplicarle la misma ironía con que el autor describe la cerrazón equivalente de los madrileños, quienes tampoco son capaces de entender ideas y costumbres diferentes a las suyas, salvo como muestras del atraso ignorante de las provincias. Con todo, en *Mañana* no existen las prédicas ranciamente conservadoras que esmaltan el libro predecesor de Souvestre, con sus fábricas monstruosas y sus obreros embrutecidos contrapuestas a los talleres artesanales donde trabajan

felices mujeres y niños, según el católico y tradicionalista escritor francés. Aunque la propia tecnología es exagerada en Flores, es sobre todo su uso utilitario con fines ultracapitalistas lo que la vuelve problemática. Incluso puede notarse en su obra cierta admiración ante la grandeza sublime de la maquinaria descrita, especialmente cuando se olvida de la trama sentimental, cuyo convencionalismo no llega afortunadamente al extremo que hace casi insufribles muchas páginas de *Lima de aquí a cien años*, gracias sobre todo al humor que baña todo el libro de Flores, incluso cuando pinta amores. Además, el grado de innovación en la escritura es mayor en el español.

En *Mañana*, hay unos cuantos «cuadros» exclusivamente descriptivos que corresponden mejor a la definición normal del género del cuadro de costumbres y en los que la tecnología y sus consecuencias se presentan objetivamente, sin la mediación de la mirada sorprendida y a menudo condenatoria del personaje novelesco. El primero de ellos es el tercero, sobre «El árbol de la publicidad», esto es, un dispositivo metálico que preside una plaza movido, como casi todo en 1899, por la electricidad. Su función es la de lanzar continuamente avisos y anuncios publicitarios, una muestra de los cuales figura en el cuadro siguiente. La relación de anuncios publicitarios imaginarios se presenta en bruto, aunque sin fidelidad tipográfica, y con el abigarrado desorden propio del ordenamiento semiótico de la publicidad en el mundo real de entonces y de ahora. Entre ellos se cuentan propuestas de leyes, bandos y noticias municipales, propuestas arbitristas (por ejemplo, «Gran sistema tributario estadístico-filosofal»), anuncios personales (por ejemplo, postulaciones para puestos públicos), descripciones de productos tecnológicos («Baños artificiales», «Sol artificial», «Nodrizas mecánicas», etc.), convocatorias de congresos, publicidad de libros, etc. La sobresaliente fantasía especulativa de Flores se manifiesta a través de toda índole de invenciones presentadas con un tono objetivo compatible tanto con la ironía de la sátira como con una celebración ambigua del progreso capitalista, en una época en



Recuperando la gran ciencia ficción en español: La utopía tecnológica y el costumbrismo romántico de anticipación en *Lima de aquí a cien años* y *Mañana o la chispa eléctrica de 1899*

que la Revolución Industrial era algo relativamente nuevo en España.

Otro cuadro de costumbres que también puede leerse como texto autónomo, por no tener vínculo expreso tampoco con la historia del extremeño en la corte, es el cuadro decimotercero, dedicado al «Gran hotel de la Unidad Transatlántica». Este se describe de acuerdo con una guía sobre el establecimiento, algunos de cuyos pasajes se reproducen. Las antiguas posadas se han tornado en un albergue gigantesco que ofrece toda clase de servicios, sobre todo por vía automática y de manera casi ilimitada, pero también con una contabilización monetaria extrema de cada uno, cobrándose hasta por sentarse. La lógica del lucro es la que impera, porque el turismo se explota racionalmente y el hotel es una gran sociedad mercantil. De hecho, este podría ser uno de los primeros textos de ficción consistentes exclusivamente en la descripción de una empresa. Esto subraya una vez más la originalidad discursiva al menos de varios de estos cuadros de *Mañana* dotados de práctica autonomía textual. Souvestre ya había introducido documentos empresariales y otros textos no literarios en su novela, pero Flores prescindió de todo marco narrativo o de otra índole. El discurso factual o documental se ofrece en su integridad retórica y la ficcionalidad se confía al carácter puramente imaginario de lo descrito. Flores es, pues, un pionero también de lo que los libreros anglófonos suelen denominar *fictional non-fiction*, con lo que ilustra asimismo la propia flexibilidad discursiva del cuadro de costumbres. La forma de este género puede ser mucho más interesante de lo que se podría pensar siguiendo las ideas tradicionales en la historia literaria de que no sería más que un jalón en el camino hacia la novela realista. Por ejemplo, la *fictional non-fiction* ya aparecía en «Estadística real» (*Teatro social del siglo XIX*, 1846), de Modesto Lafuente, que es efectivamente una auténtica estadística en cuanto a su escritura.

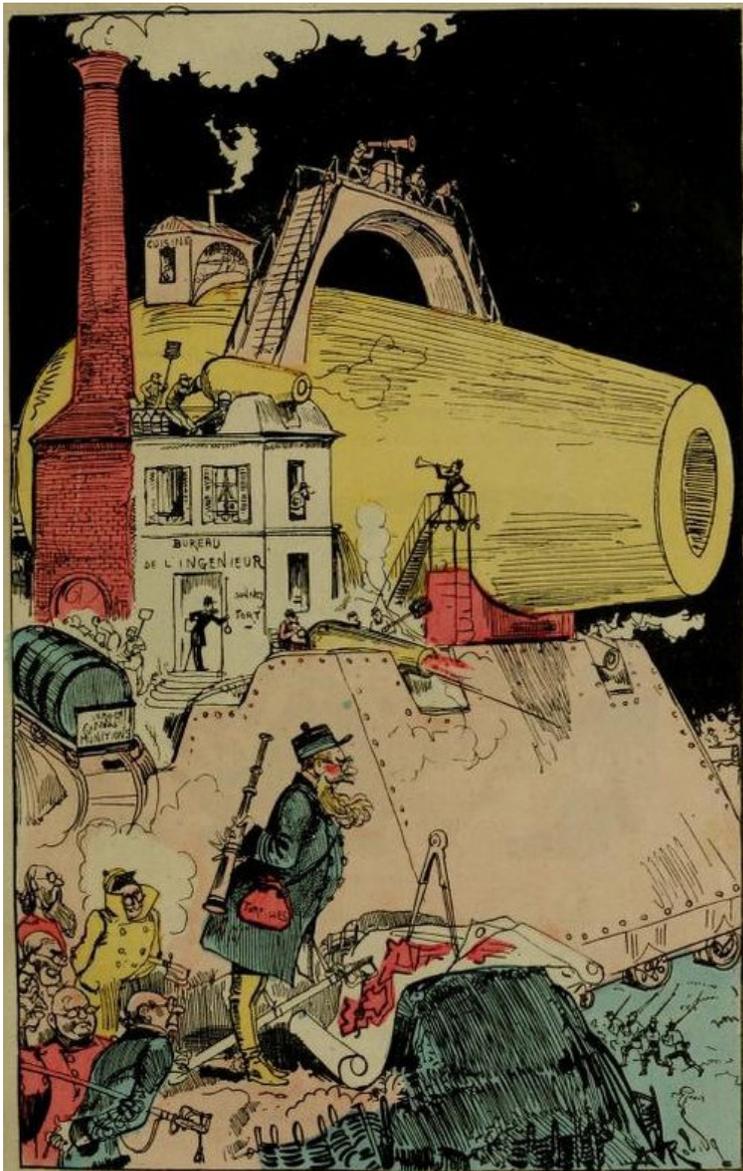
La romántica liberación de las reglas neoclásicas fue, pues, lo suficientemente radical como para favorecer experimentos literarios de este tipo, antes de que se produjera la canonización

artificial de la novela como principal género ficcional y del *realismo* como la estética más respetable. Los dos libros reseñados desmienten que tanto la ciencia ficción como el juego posmoderno con los discursos literarios sean algo reciente en el mundo hispánico. Estas reediciones ayudan a demostrarlo, y de ahí su utilidad histórica y cultural. Si a ello añadimos que el de Flores manifiesta

Pese a su alta categoría social, garantizada por su solidez financiera, y las ventajas de comodidad y velocidad aportadas por la tecnología, el conflicto entre lo viejo y lo nuevo se resuelve en *Mañana* en favor del ayer.



Recuperando la gran ciencia ficción en español: La utopía tecnológica y el costumbrismo romántico de anticipación en *Lima de aquí a cien años* y *Mañana o la chispa eléctrica de 1899*



una maestría literaria considerable tanto por su estilo, irónicamente castizo, como por el equilibrio estructural de la obra y la riqueza de interpretaciones y reflexiones a que puede dar lugar, quizá no sea demasiado atrevido afirmar que se trata de una de las obras fundamentales de la anticipación literaria latinoamericana en el período romántico, junto con la novela citada de Souvestre y la genial «Storia filosofica dei secoli futuri» [Historia filosófica de los siglos futuros] (1860), de Ippolito Nievo. Además, y a diferencia de *Lima de aquí a cien años*, que quedó sepultada en el olvido de los numerosos folletines de la prensa decimonónica, *Mañana* pudo contribuir a aclimatar en España la imaginación del futuro. Aunque lo fue sobre todo por sus cuadros contemporáneos, la obra costumbrista de Flores no dejó nunca de ocupar un lugar en la historia del género, lo que facilitó que no se perdiera por completo el recuerdo de su serie de cuadros de costumbres de anticipación. Por ejemplo, la prestigiosa casa barcelonesa Montaner y Simón editó *Ayer, hoy y mañana* en tres volúmenes de lujo en 1892 y 1893. En 1950, Evaristo García Calderón preparó una antología de *Costumbristas españoles* para la editorial Aguilar, en la que acogió varios cuadros de Flores y mencionó los prospectivos, aunque sin reeditar ninguno, porque *Mañana*, «como toda anticipación imaginativa de lo que pueda ser la vida del porvenir, no tiene otro valor que el de su ingeniosidad» (cito por la segunda edición de 1964, p. CXXVIII). Por lo visto, para los estrechos partidarios del realismo costumbrista en la última posguerra civil española, ni la imaginación ni la ingeniosidad tienen demasiado valor en literatura... Hoy no pensamos seguramente igual. Es de suponer que ya estamos mejor preparados para apreciar esta visión tan completa y, a menudo, actual del *Mañana*. De ahí la conveniencia de esta su recuperación literaria, pese a la falta de cuidado editorial y científico con que se ha hecho. ●